

EL MERCADO LABORAL EN EUROPA

Los problemas que aquejan a los mercados laborales europeos no son de reciente aparición. Hace ya muchos años, allá por el año 1993, publiqué un conjunto de artículos en los que expuse que los problemas de los mercados laborales europeos no tenían su origen en la demanda agregada de la economía, sino en las malas políticas adoptadas por la mayoría de las naciones europeas. Recuerdo que este análisis me valió el ataque de algunos economistas europeos.

Yo atribuyo la mayoría de los problemas de empleo, de productividad y de crecimiento económico que existen en Europa a políticas indeseables en materia laboral y de supuesta protección al desempleo que tienen efectos desincentivadores para las empresas y los potenciales trabajadores. La situación en Europa es algo mejor que hace cinco años, pero está todavía lejos de ser satisfactoria. En España se han hecho progresos en materia de reforma laboral, pero queda mucho por hacer.

Conviene recordar que desde principios de los años cincuenta hasta principios de los setenta las economías de Europa occidental registraron, con carácter general, muy buenos resultados económicos. Alemania y Francia registraron excelentes resultados, e Italia también cosechó avances

Gary S. Becker, Premio Nobel de Economía, Catedrático de Economía y Sociología de la Universidad de Chicago. El texto corresponde a la transcripción editada de la conferencia que, organizada por FAES, el profesor Becker pronunció el 15 de Junio de 2006 en el Salón de Actos de la Universidad San Pablo-CEU.

reseñables. En la mayoría de los países europeos las tasas de crecimiento económico fueron elevadas y las tasas de desempleo bajas. Recuerdo que los Estados Unidos de América fueron muy criticados por no utilizar las mismas políticas del Estado de bienestar que se aplicaban en Europa, críticas asociadas a las altas tasas de desempleo que entonces registraba mi país y, más concretamente, por no proveer de mayor “protección social” a los trabajadores estadounidenses.

La situación comenzó a cambiar durante los años setenta y se produjo entonces una inversión de las tasas de desempleo estadounidenses y europeas. Mientras que desde 1970 hasta la actualidad las tasas de desempleo estadounidenses se han mantenido relativamente constantes y reducidas, no año tras año, pero sí en la perspectiva del largo plazo, en Europa las tasas de desempleo se han incrementado enormemente en estos veinticinco años.

Conviene, en primer lugar, repasar los datos comparativos de desempleo en Europa y los Estados Unidos con algo de detalle, teniendo presentes los niveles de formación de la población activa. En la mayoría de los países de Europa occidental la tasa de desempleo está alrededor del 9%, mientras que en Estados Unidos se sitúa por debajo del 5%. En otras palabras, la tasa de desempleo europea duplica aproximadamente la americana. Los datos revelan asimismo que en la mayoría de los países, casi sin excepción, la tasa de desempleo está directamente ligada al nivel de formación de la población activa. El desempleo golpea con mayor dureza a las poblaciones con menor nivel de formación.

El desempleo a corto plazo no representa un problema grave ni para las personas ni para los países. Si alguien permanece desempleado durante algunas semanas o algún mes, en la mayor parte de los casos la persona puede hacer frente a su situación, sin ir más lejos, obteniendo recursos financieros mediante un préstamo o un mecanismo similar. El verdadero problema del desempleo es cuando éste se convierte en crónico, el desempleo a largo plazo. Muchos países europeos actúan de manera deficiente frente a este serio problema.

Volvamos de nuevo a los datos. Si definimos el desempleo a largo plazo

como aquel que sufren los trabajadores que han permanecido desempleados por un periodo de al menos un año, los datos nos revelan que en los Estados Unidos la incidencia del desempleo a largo plazo es muy pequeña. En Europa ocurre lo contrario. Países como España, Alemania o Francia registran tasas elevadas de desempleo a largo plazo; entre el 30% y el 40% de los desempleados permanecen en esta situación durante un año o más, y esto sí representa un grave problema. De nuevo, el desempleo a largo plazo incide principalmente sobre la población con un nivel de educación más bajo, sobre los jóvenes y sobre las mujeres.

A principios y mediados de los años noventa una de las respuestas que se dio cuando algunos afirmamos que esta situación de elevado desempleo era innecesaria y podía ser corregida, fue que la causa del problema del desempleo no radicaba en la aplicación de políticas erróneas, sino que en una economía basada en el conocimiento y de alto progreso tecnológico la cantidad de puestos de trabajo está limitada. El economista americano Jeremy Rifkin, bastante más popular en Europa que en los Estados Unidos, escribió un libro titulado *El final del trabajo*.

Los franceses, de mano de los socialistas, intentaron llevar a la práctica este enfoque mediante su política de treinta y cinco horas semanales. Los socialistas pretendieron fundamentar esta política en una justificación aritmética. Afirmaron que si tenemos un cierto número de empleos y otra cierta cantidad de trabajadores que trabajan durante treinta y ocho horas a la semana, si reducimos su semana laboral hasta treinta y cinco horas tendremos un mayor número de puestos de trabajo vacantes, lo que favorecerá la reducción del desempleo.

Este es un buen ejemplo de una medida económica errónea originada en un análisis erróneo. Si hubo algo que realmente se pudo deducir de los estudios realizados sobre los efectos producidos por la semana laboral de treinta y cinco horas fue el aumento del desempleo, originado por una reducción de los niveles de empleo causada a su vez por un aumento del coste del trabajo. El actual gobierno francés ha emprendido un conjunto de reformas para intentar enmendar el error e introducir mayor flexibilidad en el mercado de trabajo.

De modo que el desempleo no tiene como causa, ni mucho menos, el progreso tecnológico, algo que por otra parte resulta obvio, y para lo que basta con comprobar la realidad de países como los Estados Unidos, Reino Unido, Australia o Canadá, entre otros, que registran alto progreso tecnológico y bajas tasas de desempleo. De hecho, el progreso tecnológico europeo desde principios de los años noventa ha sido considerablemente más lento en muchos sentidos que el registrado por otros países. Pero éste no es realmente el problema que nos concierne.

Me interesa subrayar, por el contrario, los datos relativos a la proporción de empleos públicos sobre el total de empleos. La comparación entre países nos revela que el número de empleos pertenecientes al sector público es relativamente menor en los países que registran menor desempleo, y superior en aquellos que registran mayor desempleo. Sin embargo, hay que ser cuidadoso en la extracción de conclusiones. Suecia es uno de los países que ha conseguido mantener unos niveles de desempleo más bajos. Sin embargo, los datos de desempleo en Suecia ocultan que en este país hay mucha gente que no forma parte de la población activa debido a que se benefician de programas públicos de transferencias de renta, mientras que otros muchos están empleados por la administración pública, y cuando hay un alto nivel de empleo en la administración pública no se sabe cuántos de esos empleos son realmente necesarios para prestar adecuadamente los servicios atribuidos a la administración pública y cuántos corresponden a programas de contratación pública. Los países escandinavos son los más afectados por esta situación.

Deseo referirme ahora a la explicación de por qué se ha dado la inversión en las tasas de desempleo entre Europa y los Estados Unidos con respecto a la situación existente en los años sesenta y setenta. Europa registró un rápido crecimiento económico en los sesenta. Los años setenta fueron más turbulentos y se convirtieron en una línea divisoria entre períodos. Primero, se produjo un incremento del precio del petróleo. Más tarde, la globalización cobró mayor importancia. De otro modo, cambió el entorno económico.

Las políticas que habían producido resultados positivos hasta los años setenta se convirtieron en perjudiciales para la economía a partir de este

momento. La economía globalizada exige mayor flexibilidad a las empresas. La competencia global se hizo más intensa, lo que se tradujo en que si una economía, como consecuencia de sus políticas públicas, reducía los incentivos y la capacidad por parte de trabajadores y empresas de ajustarse automáticamente a las nuevas condiciones productivas y competitivas, se dificultaba la eficiencia del conjunto de la economía. En Europa, este hecho, combinado con un alto porcentaje de empleo en el sector público, un alto nivel de impuestos en comparación con el de los Estados Unidos y otros países, además de otras medidas, ha sido la causa fundamental de los problemas de empleo que actualmente sufre.

Vuelvo ahora a los datos, y más tarde expondré mis sugerencias de reformas. El *quid* de la cuestión está en identificar correctamente las causas del problema, para poder plantear así las reformas que acierten a eliminar dichas causas. Dado que no pertenezco al mundo de la política, mi única labor es analizar el problema y darle solución analítica, es decir, proponer lo que se debe hacer, pero en ningún caso poner en práctica las políticas que sirven para mitigar los efectos de dicho problema. Eso forma parte de la tarea de los políticos.

Para efectuar el diagnóstico adecuado comenzaré por referirme al nivel de regulación del mercado laboral de acuerdo con las estadísticas de la OCDE, que combinan un conjunto de variables de la población activa en un índice. La mayoría de estos datos estadísticos de la OCDE proceden de trabajos previos de mi colega de la Universidad de Chicago, James Hackman, que ha trabajado mucho en el análisis del mercado laboral. Los datos nos revelan que a pesar de la mejora producida en muchos países de la OCDE, la regulación del mercado laboral sigue siendo excesiva en la mayoría de los países europeos. Y podemos afirmar con carácter general que la regulación del mercado laboral es mucho mayor en los países de la Europa continental que en los países anglosajones.

El siguiente elemento a analizar es el índice de reposición de ingresos por el Estado en caso de desempleo en función de la variable tiempo, es decir, la cantidad de dinero que el Estado nos aporta en el caso de que estemos desempleados, en relación con el salario previo. En otras palabras,

la generosidad del subsidio de desempleo. Esto significa que si recibimos un salario de 1.000 euros mensuales y perdemos nuestro empleo, y el índice es del 50%, recibiremos 500 euros mensuales del subsidio de desempleo.

Analizando este índice país a país podemos afirmar que España tiene un buen nivel en este apartado, porque tiene un índice de reposición bajo, lo cual bajo mi punto de vista es positivo. Otros países europeos como los países escandinavos tienen un índice bastante alto, en particular, Dinamarca. En el caso de los Estados Unidos, el índice de reposición es bajo.

El índice anterior es importante en el análisis porque existen dos incentivos para que las personas desempleadas lo sigan estando: uno de ellos viene dado por las generosas pagas que reciben del Estado mediante el subsidio de desempleo, pudiendo continuar recibiendo dichas pagas durante un periodo más o menos largo. Alemania, que era precisamente uno de los países que ofrecía pagas más generosas, ha acometido una serie de reformas en los últimos años para reducir el grado de generosidad. Porque en Alemania se podía permanecer desempleado casi de forma indefinida y el Estado aportaba de manera incondicional el subsidio de desempleo.

La naturaleza humana nos sugiere que a cualquier persona, si se la recompensa por no hacer demasiado, elegirá esa opción. La gente siempre trata de ir por el camino más corto. Todos somos así, y ésta es la razón de que existan incentivos, que pretenden superar esa reacción inherente a la naturaleza humana. La base fundamental de la economía reside en generar incentivos para que la gente trabaje y produzca, porque si se incentiva a la gente a que no trabaje, entonces no trabajará. Es así de simple. Les contaré una anécdota.

Viajé a China en 1981, justo cuando se empezaron a realizar las primeras reformas económicas; mi mujer y yo pasamos un par de semanas allí. Los chinos son conocidos como arduos trabajadores, y al volver de China, lo primero que dije al hablar de ese país fue que “los chinos son vagos”. Entonces la gente me dijo: “¡Cómo que los chinos son vagos! Pero si aquí en los Estados Unidos trabajan desde las seis de la mañana hasta la medianoche, y están considerados entre la comunidad como los mejores trabaja-

dores que tenemos”. Yo afirmé: “Por supuesto, pero si les aplicas determinados incentivos, incluso los chinos dejan de trabajar”. Obviamente en China, por aquel entonces, visité una serie de fábricas y vi que los trabajadores chinos no estaban trabajando realmente duro, o al menos ni mucho menos todo lo que podían. Y había razones para ello. Porque si no se presentaban al trabajo, no se les despedía; si trabajaban más duro, no se les pagaba más dinero. Y esto es un problema; desde mi punto de vista, un gran problema.

Regreso ahora a las estadísticas de empleo y desempleo para profundizar sobre un aspecto que antes apunté. Al hablar de empleo y desempleo es fundamental tener en cuenta que algunos países presentan una baja tasa de desempleo debido a que excluyen a mucha gente de la población activa mediante múltiples programas públicos. Pagan a la gente para que se quede en casa y no trabaje. Me voy a referir a un solo ejemplo, las estadísticas sobre la proporción de gente que padece una discapacidad severa o moderada en los países de la OCDE. La mayoría de ellos son países ricos, de manera que es difícil creer que la incidencia real de la discapacidad varíe mucho entre unos y otros, algo que sí reflejan, sorprendentemente, las estadísticas; por tanto, éste no es el problema. El problema es que la discapacidad es un término muy relativo. Les pondré un ejemplo. En el caso de los Estados Unidos hemos tenido un aumento de la población discapacitada, debido a que se ha dado el caso de que gente que iba al médico diciendo que le dolía la espalda a causa de haber estado sentada trabajando con el ordenador ha sido considerada y se le ha llegado a considerar apta para obtener una prestación pública por discapacidad. De hecho, la tasa de población teóricamente discapacitada es bastante alta, cercana al 10% en los Estados Unidos, similar en España y, sorprendentemente, imás reducida en Italia! Pero otros países europeos como Suecia y Holanda, por ejemplo, resolvieron el problema del empleo a base de incrementar mucho la cantidad de gente perteneciente a la categoría de discapacitados, muchos de ellos sin ninguna discapacidad real.

En mi opinión, eso no es solamente una forma muy poco razonable de resolver el problema, sino que sólo contribuye a empeorarlo. Éste ha sido un problema creciente en todos los países, pero especialmente severo en

algunos de ellos, sobre todo en aquellos con graves dificultades para crear empleo, que es el verdadero problema de fondo.

Otra estadística de interés es la que relaciona tiempo y edad. La población de los países desarrollados ha aumentado su esperanza de vida gracias, entre otros factores, a mejoras sanitarias y de la alimentación. Sin embargo, al mismo tiempo que aumenta nuestra salud y se alarga la vida, se está fomentando que la gente abandone la población activa a edades más tempranas. De acuerdo con las estadísticas de la OCDE, la edad media efectiva de jubilación se ha ido reduciendo en todos los países en los que se ha producido una mejora significativa en la calidad de vida de la población. Estamos alentando a la gente, a través de la estructura de incentivos para la jubilación, a abandonar la población activa. España se encuentra en una situación mejor que la de otros muchos países, pero podría estar mejor. Italia y Bélgica son los dos países con la edad de jubilación más temprana de Europa occidental. Algunos países escandinavos son más duros con respecto a la edad de jubilación, lo que mejora su situación. Los Estados Unidos presentan una buena situación en cuanto a lo que edad de jubilación se refiere.

La jubilación es, en efecto, un asunto importante en todos los países, pero especialmente en ciertos países de Europa occidental, donde se necesitan reformas significativas, de manera que la gente, que ahora está más sana y tiene una mayor esperanza de vida, y que trabajaría si no tuviera incentivos para no trabajar, trabajara durante un mayor período de tiempo. Esto ayudaría, entre otros, a los problemas presupuestarios ligados a las pensiones. Puede que no sea la solución ideal, pero considero que sería una solución efectiva para un problema que ha sido susceptible de debate político durante mucho tiempo. Podemos observar un cambio impresionante, sin ir más lejos, respecto a los años sesenta. Ha habido enormes progresos y tenemos una calidad de vida muy superior a la que se tenía en aquella época. En consecuencia, la edad de jubilación es, por tanto, un tema de vital importancia.

Pasemos ahora a un asunto de la mayor importancia: la productividad. La base del crecimiento económico es la productividad. No creo que haya

ninguna duda al respecto. Si observamos el incremento de la productividad marginal del trabajo del período 1993-2005, detectamos grandes diferencias entre países.

Veamos el caso de dos países que me encanta criticar, Alemania y Francia, dos de las más grandes economías continentales. Ambas presentan una pobre evolución de la productividad marginal del trabajo durante este período. Holanda, a pesar de haber cosechado buenos resultados en los últimos años, no se encuentra en una situación mucho mejor que la de los dos países anteriores. La evolución de España no es maravillosa, tampoco. Algunos de los países escandinavos cosecharon resultados relativamente buenos, a pesar de que los datos deban ser analizados con cautela porque eliminaron población activa.

¿Cuál es la razón de esta evolución dispar de la productividad marginal del trabajo en Europa? Se trata de una cuestión bastante compleja, y no presumo de tener todas las respuestas a esa cuestión, pero pienso que hay varias causas importantes del bajo crecimiento de la productividad.

A algunas de ellas ya he hecho referencia, por ejemplo, la excesiva regulación del mercado de trabajo. Ahora, sin embargo, quiero hacer hincapié en la falta de incentivos para la creación de nuevas empresas, que es mayor en algunos países que en otros. Lo que uno ve a primera vista cuando piensa acerca de la productividad marginal del trabajo es que el incremento del empleo se debe a la creación de nuevas empresas, de manera que si miramos al número de empresas importantes recopiladas por un periódico importante como el *Financial Times*, que tiene recopiladas las cinco mil empresas más importantes del mundo, hay muchas empresas jóvenes americanas, por ejemplo Wal-Mart, que no es de alta tecnología; otras, como Microsoft, HP u Oracle no existían veinticinco años atrás. Podría seguir citando muchas otras, pero lo que me importa recalcar es que en esta lista sólo hay un pequeño número de nuevas empresas europeas. Pienso que la razón, de nuevo, no es que los empresarios americanos sean mejores que los europeos, ese talento está igualmente distribuido entre una gran variedad de países. No es un problema de talento, sino una diferencia en los incentivos, una diferencia en los incentivos a formar nuevas empre-

sas, en las facilidades existentes a la hora de crear dichas empresas, en los obstáculos que presenta la regulación vigente para su creación, en los impuestos vinculados a la creación de nuevas empresas, en la flexibilidad a la hora de contratar trabajadores. Es ahí donde realmente reside la gran diferencia entre unos y otros. Ésta es la causa fundamental por la que muchos emprendedores europeos, particularmente de Europa occidental, se hayan mudado fuera de Europa, particularmente fuera de la Europa continental, a países como Reino Unido o los Estados Unidos, donde es más fácil comenzar un nuevo negocio. Creo que éste no es el único motivo pero sí uno de los más importantes en esta crucial diferencia entre el crecimiento de la productividad marginal entre uno y otro continente.

Los otros dos temas que considero relevantes para las diferencias existentes entre los mercados de trabajo de los distintos países, y particularmente en España, son la tasa de natalidad y los movimientos migratorios.

España es actualmente uno de los países con menor tasa de natalidad del mundo, como lo son también Italia y Japón. Todas las naciones de Europa occidental tienen tasas de natalidad por debajo de los niveles de reemplazo generacional, de manera que si estos niveles se mantienen y no se producen movimientos migratorios, la población de estos países comenzará a decaer. Si tenemos pocos nacimientos, tendremos, obviamente, menor número de jóvenes y probablemente, una mayor población envejecida debido al aumento de la esperanza de vida. Esto crea problemas adicionales a la hora de financiar servicios tan importantes como la seguridad social y otra serie de servicios a los jubilados. Esto reduce también el dinamismo de la sociedad propio de la gente joven, y es un gran reto. La Canciller alemana Angela Merkel propuso la introducción de una serie de generosos beneficios para la mujer con el objetivo de incentivar la natalidad en su país. Putin en Rusia acaba de anunciar un plan realmente generoso, uno de los más costosos hasta el momento, de manera que aquellas mujeres que tengan un segundo hijo recibirán el equivalente a 10.000 dólares estadounidenses en efectivo, además de otros beneficios, porque Rusia tiene probablemente la menor tasa de natalidad del mundo. Francia tiene un sofisticado y complicado sistema de ayudas a la natalidad, pero que es bastante efectivo, porque la tasa de natalidad es bastante alta en este país.

El segundo problema son los movimientos migratorios. Los datos relativos a los movimientos migratorios en términos de población total permiten comprobar que en un número importante de países el movimiento inmigratorio es bastante importante y tiene carácter creciente. Por ejemplo, en España, Suecia y los Estados Unidos. Mucha gente se pregunta: ¿qué se puede hacer con el asunto de la inmigración? He escrito algunos artículos sobre este asunto en los Estados Unidos y creo que Europa debería adoptar posturas similares, dado que son problemas parecidos. Creo que tiene que haber políticas generosas de formación para los inmigrantes. En cuanto a la cuestión del control de los inmigrantes ilegales, pienso que la única solución pasa por aplicar sanciones a aquellos empresarios que empleen mano de obra ilegal.

A modo de conclusión, ¿qué lecciones podemos extraer de lo expuesto hasta ahora? Las lecciones para mejorar la flexibilidad de los mercados laborales son simples, a pesar de que la gente difiera mucho en ellas.

En un mercado laboral ideal habría que rebajar las regulaciones y hacer más fácil la contratación y el despido, para facilitar a las empresas la obtención de mano de obra, reduciendo las sanciones por despido. Existe cierta controversia en España sobre este asunto, que motiva que una tercera parte de los trabajadores aquí sean trabajadores temporales.

También habría que incrementar la edad de jubilación, de manera que todos los trabajadores estuvieran involucrados durante mayor tiempo en la población activa. Habría asimismo que reducir las tasas de reposición de los ingresos de prestaciones por desempleo de manera que se haga más difícil permanecer desempleado a largo plazo. Y habría que reducir los impuestos para incentivar la inversión.

Posiblemente, crear ayudas para aumentar las tasas de natalidad es una cuestión muy complicada. Animar a los empresarios emprendedores, haciendo más fácil la creación de empresas, reduciendo los impuestos a la hora de crear nuevas empresas, de manera que aparezcan nuevas empresas que den ese carácter dinámico a la economía a través de una mejora en la productividad marginal del trabajo. Si nos fijamos en las distintas regiones

del mundo, en los últimos cinco años las menores tasas de crecimiento pertenecen a Europa occidental. Pero estoy convencido de que si todas las medidas anteriores fueran llevadas a cabo, se produciría un “boom” en el empleo en el sector privado en Europa occidental. Esto generaría además la aparición de grandes talentos, la mejora de la productividad y unas economías mucho más competitivas.